Tomo X

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 9

San José, Costa Rica **1925** Lunes 4 de Mayo

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

La Fiesta de la Madre

(De *Patria,* Bogotá)

Como en varios otros países, la ley colombiana acaba de consagrar el segundo domingo de mayo a la celebración de la Fiesta de la Madre. Apenas se concibe una fecha que pudiera ser más popular, que con espíritu más noble y generosamente igualitario, reuna en idéntico sentimiento, no ya a todas las clases sociales, sino a todos los individuos por refractarios que sean a la solidaridad, por excepcional que sea su temperamento, por aislados que se hallen del mundo, sea porque paseen solitarios en las cumbres de la meditación y del ensueño, sea porque se hallen sumidos en los abismos de la degradación. La poesía, la literatura en general, que ha glorificado y cantado el amor filial, es sin duda la más difundida, la que ha gozado una más fácil y universal victoria. Por eso quizá, en las escuelas ultramodernas, que tienen la debilidad de creer que sólo en literatura las modas no envejecen, y se dedican al culto de la fútil novedad, no es común encontrar esos himnos, esas plegarias, esas invocaciones a las madres, que llenaron las páginas de las viejas antologías. Pero el sentimiento subsiste por la sencilla razón de que es eterno. Y se acendra, exalta y purifica tanto más, cuanto su expresión escrita, que aligera el alma al repetirla, es menos frecuente.

Cada cual cree que le paga a la mujer que le dió vida un tributo de afecto que no puede ser excedido, y si de algo se enorgullece es de amarla más que todos los hombres restantes. Sin embargo, nada hay tan evidente como que nadie es con su madre tan férvido, tan pródigamente amante como debiera. El cariño que desciende, el de los padres al niño, será siempre, sin que podamos evitarlo, más fuerte, más hondo, más inquieto, más exclusivo, más dispuesto al sacrificio, que el del hijo a la madre. Así lo quieren las implacables leyes naturales ante las que es sagrado el retoño que ha de ser árbol, e importa poco que decline en el desamparo la planta que ya les transmitió a otras todo su jugo. Nadie se sorprende, lo vemos a diario, de que una madre adore a su hijo sin reparos, sin condiciones, como a un dios omnipotente y caprichoso. Pero el hijo fiel y perennemente enamorado de su madre, el buen hijo, como decimos, llama la atención y suscita en torno suyo una onda de admirada simpatía.

Consagrando como fiesta nacional el día de la madre, no se estimulará, no se aumentará ni se intensificará el afecto de los hijos hacia las madres, pero se erige públicamente el culto de uno de los ideales básicos de la humanidad, se contribuye a santificar, con santidad libre de todo canon y de todo prejuicio, la familia; se le reconoce a la mujer la augusta majestad de su función social, y se desprende al ciudadano de la servidumbre en que ha vivido respecto de conceptos estériles que se le obligó a venerar en otras épocas. La madre seguirá siendo, con fiesta o sin ella, símbolo de protección, calor de vida, sonrisa de ventura, consuelo y guia. Porque ella existe, no es la vida una cadena de penas, desilusiones y desgracias, sino que siempre tiene en sus primeros pasos una etapa de felicidad sin sombra, de amor desinteresado, de pureza sin mancha, de serenidad y de paz, a la cual podemos volver los ojos para expulsar a la desesperación. Porque ella existe hay suavidad, hay benevolencia, hay piedad sobre la árida tierra de los hombres. Seríamos duros hasta la crueldad, seríamos avaros, tiránicos y perversos, si el niño que vivió en nosotros y que fué un día mimado con locura por una santa que nadie olvida, no nos ablandara para con nuestros semejantes y no sometiera nuestras cóleras, nuestras venganzas, nuestros resentimientos, al asalto de una emoción filial que no solamente nos desarma, sino que nos entrega vencidos y desfallecientes,

No es extraño el amor filial en un adolescente ni en un joven, que suelen estar aún cerca a su madre, lo que les da una dulzura y un tibior de cuna, en medio de las arduas luchas que empiezan. Lo que sobrepasa en emoción y grandeza a todos los espectáculos, es ver a un anciano que llora evocando el recuerdo de su madre, desaparecida muchos, muchos años antes. Ese hombre tembloroso que a pocos pasos de la tumba, cuando avanza hacia ella con la vacilación y la incertidumbre y la debilidad con que

penetró en la vida, y con la nieve de los años en las sienes tiene un recuerdo claro para los días infantiles, nos obliga a ensanchar el círculo de nuestras habituales reflexiones y nos reconcilia con la verdadera índole de la especie. Podemos, en el curso de la vida triunfar, ser vencidos, recibir hondas heridas, inferir golpes mortales, conquistar el oro y el poder, bajar a la vergüenza de la esclavitud y la miseria, ser incomprendidos, aborrecidos quizá por los seres que amamos, podemos ser traicionados, ofendidos y desposeídos injustamente. Al final de la carrera, cuando vamos de regreso al caos y encontramos para recibir nuestro cuerpo fatigado un sepulcro, que no es sino una cuna algo más grande, encontramos sobre nosotros, como el primer día, los ojos tiernos, los ojos inquietos, los ojos proféticos de nuestra madre. Comprendemos que fué mentira nuestro desamparo; que no estuvimos solos ni un instante; que nuestras desdichas hubieran podido ser mayores aún; que estuvimos envueltos por su amor, y que al morir, como si le diéramos una leve vuelta a nuestro cuerpo pequeñín, vamos a caer suavemente en su regazo.

MAITRE RENARD

NOTA.—Con el seudónimo de *Maitre Renard,* suscribe su copiosa y fina labor literaria el admirable escritor colombiano ARMANDO SOLANO.

El tocador de dulzaina

A don RAMIRO AGUILAR.

SENTADO en una de las aceras del mercado público, el pobre muchachito desarrapado toca con hondo sentimiento su pequeña dulzaina. Tañe con la derecha el instrumento dándole ligeros recorridos en sus labios y con la izquierda mueve acompasadamente una caja de hojalata llena de granos de maíz. Mientras da a los aires los últimos fox de moda, va aglomerándose a su alrededor la gente que pasa, hasta dificultar el tráfico. El chiquillo recoge, terminada una pieza, algunas monedas que le arrojan los expectadores indiferentes. De cuando en cuando granujas del montón lo molestan tirándole de las orejas, y el pequeño artista medio baldado rompe a llorar con un llanto amargo y resignado, entre las risas y molestias de los desalmados circunstantes. El policía de la esquina, que desconoce las leyes de protección, ve la escena y ríe con una risa socarrona de bellaco redomado.

Sin importarte las groseras burlas del vulgo, sigue tañendo en tu dulzaina los motivos alegres o tristes de tu sencilla inspiración. Sin saberlo acaso, tú como el pájaro tienes necesidad de la música que suaviza el alma, de la armonía que quieta las pasiones violentas y que serena los espíritus atormentados por hondas inquietudes. Aprende desde ahora que la justicia, una de las cuatro virtudes cardinales y atributo de Dios, suma y compendio de todas las acciones de bondad, desgraciadamente es entre los hombres, roídos por la envidia y la maldad, una planta extraña que por excepción sólo da frutos en el mundo.

BLANCA MILANÉS

San José, Costa Rica.
Marzo, 1925.

Un nuevo método de enseñanza y una nueva escuela

POR AD. FERRIERE *

Director de la «Oficina Internacional de las Escuelas Nuevas»

=Lean los maestros, costarricenses preocupados este artículo de muy reciente edición y otros que publicaremos luego. Es bueno que se vayan dando cuenta cabal de la trascendencia del problema pedagógico implícito en los tan incomprendidos Programas de Educación Primaria del señor Brenes Mesén. Así como de la pérdida lamentable que sufrirán los intereses del niño costarricense al malograrse, como ha ocurrido, tales Programas.

En la Biblioteca Nacional está a disposición de quien lo quiera aprovechar, este libro: *Practical Problem Projects,* by F. W. Rawcliff. Edición de **1924**, F. E. Compton & C.° Chicago. Son lecciones arregladas conforme al método de proyectos para los Grados **4** a **9**. Un maestro diligente y hábil puede adaptar algunas a Costa Rica. Hay una sobre el café. Otra: la caña de azúcar. Otra: las maderas. Otra: el algodón. Otra: el papel. Otra: una lectura de Homero. Otra: la historia de la piedra. Otra: el Canal de Panamá. Etc.=

EN 1924 ha sido fundada en Ginebra una «Escuela internacional» por un grupo de miembros del Secretariado de la Sociedad de Naciones, de la Oficina Internacional de Trabajo, de la Unión Internacional de Socorro a los niños, del Comité Universal de las Uniones Cristianas de jóvenes y de la Asociación de Socorro a los estudiantes europeos. En su programa se lee: «Los métodos de trabajo son los de la escuela activa que han tenido un éxito completo bajo la dirección de Miss Parkhurst en Inglaterra, de míster John Dewey y de Mr. C. W. Washburne, de Winnetka, en los Estados Unidos; del Dr. Decroly, en Bruselas, y de M. Ad. Ferrière en las escuelas nuevas de Suiza. Estos métodos tienen por fin desarrollar en el niño el sentido de la observación, el gusto y la aptitud por el trabajo. Las observaciones y actividades personales del niño en el medio ambiente constituyen el punto de partida de la mayoría de los estudios».

Los motivos que han impulsado a los iniciadores de esta escuela a escoger entre sus patrones a John Dewey, Carleton Washburne y al Dr. Decroly, son los siguientes:

Como es sabido, la mayoría de las escuelas nuevas son discípulas a la vez de J. J. Rousseau y de Pestalozzi, pero sobre todo del más ilustre discípulo de estos dos precursores, el filosofo americano John Dewey, el ilustre inventor de lo que se ha llamado el «método de proyectos» *(Project Method).* A decir verdad, este método podría sostenerse por sí solo, sin recurrir a otros procedimientos pedagógicos, porque el mejor apoyo que se puede dar al trabajo y al esfuerzo del niño es la manifestación espontánea

* M. Ad. Ferrière, autor de las siguientes páginas escritas para nuestra revista, es uno de los representantes más salientes de la educación en Suiza. Doctor en sociología, director de la «Oficina internacional de las escuelas nuevas» fundada en 1899, profesor en el Instituto J. J. Rousseau y director de la revista *Pour l'Ere Nouvelle*, fundador de la reciente Escuela internacional de Ginebra, es uno de los más ardientes defensores de la «educación nueva» y de la «escuela activa». Sus obras pedagógicas más importantes son: *Transformons l'école.* Basilea, 1920. *L'autonomie des écoliers.* Neuchâtel, 1921. *L'école active.* Editions Forum, dos volúmenes, 1922 y *La pratique* de *l'école active.* Editions Forum, 1924. Recomendamos a nuestros lectores especialmente la lectura de *Transformemos la escuela,* recientemente traducida al castellano.

(Nota de la Dirección de la Revista Pedagógica, Madrid).

de sus intereses dominantes. Se poseen pruebas numerosas del éxito del «método de proyectos». No quiero citar más que una: la obra publicada recientemente por Mr. Collings, inspector de las escuelas del Estado de Missouri, que ha organizado allí durante cuatro años una experiencia metódica. (1)

En dos palabras diremos cuáles fueron las actividades principales de los niños en materia de trabajos manuales y de excursiones. M. Pierre Bovet, director del instituto J. J. Rousseau, de Ginebra, las ha sintetizado muy bien en un artículo reciente. Pasaré rápidamente—dice—sobre los proyectos manuales, que todos mis lectores se imaginarán fácilmente: mobiliario y vestidos de muñeca, jardínería, cocina, carpintería, zurcidos, para los pequeños; los medianos realizan toda clase de deberes para la casa y para la escuela, sobre todo para el mobiliario de la clase; los mayores son cuando es necesario carpinteros y albañiles; se inician en la cría de animales y en todos los trabajos auxiliares del aldeano; sobre todo organizan una exposición de agricultura para todos los escolares de las proximidades, que representa un gran esfuerzo coronado por un gran éxito.

Los proyectos de excursión son los más interesantes. Son los que darán satisfacción a la curiosidad intelectual de los niños. Así en los mayores se percibe un gran interés por la vida en comunidad: asisten a una audiencia de un tribunal, visitan la prisión, ven la capital del Estado, oyen un gran debate por y contra la Sociedad de Naciones; la metereología, la banca, la pesca, diversas industrias dan lugar a excursiones que se prolongan a veces en pequeños viajes de los que se da cuenta en sesiones a las que se invita a la aldea.

Tales fueron algunas de las actividades de estos niños. ¿Pero — se preguntará — cuáles fueron los resultados? Se comenzó por hacer sufrir a los niños el examen de los tests. En todos los dominios los resultados fueron notablemente superiores a los de las escuelas que, colocadas exactamente en las mismas condiciones, aplicaron sin embargo los métodos tradicionales. Pero hay más: Mr. Collings procedió de suerte que durante cuatro años los 120 maestros de la región pudieran pasar por lo menos dos días por año en la escuela experimental. 112 de ellos han aplicado estos métodos nuevos en sus clases. He aquí algunas de las respuestas al cuestionario que se les ha dirigido:

Comparados a los que han obtenido ustedes precedentemente, ¿los resultados logrados así eran inferiores? (o); ¿aproximadamente parecidos? (8); ¿superiores? (104). ¿Cómo era el interés del niño?: superior (112).

¿Son menos (o), igualmente (8) o más trabajadores? (112).

¿Manifiestan menos (o), tanto (3) o más interés (117)?

Desde el punto de vista social, ¿les encuentran ustedes menos (o), igualmente (2) o más (118) desarrollados?

Por lo que han visto ustedes, ¿creen que el trabajo del maestro en la escuela experimental es menos (118), igualmente (2) o más penoso (2)?

Si tuvieran ustedes la elección, ¿escogerían enseñar en una escuela ordinaria (1) o en una escuela experimental (119)?

2

Parece que habría podido bastar esto. Sin embargo, se debe reconocer lo siguiente: es necesario una fe muy grande para enseñar con este método. Los buenos educadores tienen esta fe. Los maestros que no poseen una gran experiencia desconfían de sus capacidades. Pero sobre todo los padres, la inmensa mayoría de los padres, exigen resultados inmediatos y tangibles. Hay que reconocer también que si este régimen es eminentemente favorable a los buenos alumnos, deja a los alumnos medianos o malos en un estado de ignorancia para el que no sirve de remedio ninguna emulación.

Esto es lo que había ya incitado al autor de estas líneas a instituir en su clase de escuela nueva un programa mínimo. *

Mas para que un programa mínimo sea eficaz, es necesario que cada niño trabajando individualmente pueda avanzar a su paso, sin que por ello el papel del maestro sea hecho imposible a consecuencia de un número demasiado considerable de correcciones de trabajos, siendo estos completamente diferentes unos de otros.

Esto es lo que nos ha decidido a adoptar el método de Winnetka. Su creador, Mr. Carleton Washburne, expone en estos términos los principios y el valor de su método.

Todos los niños—dice—deben poseer conocimientos y los medios de adquirirlos. Pero la aptitud para adquirirlos varía considerablemente de un niño a otro. Por esto el tiempo y la suma de trabajo varían también con cada niño.

Es necesario, pues: *a)* Proceder por etapas. Hay tres, que son:

Primera, rehacer el programa y asignarle objetivos definitivos y categóricos. Segunda, establecer tests para cada materia y que estos tests sean completos y puedan servir de diagnósticos. Tercera, preparar un material que conduzca a estos tests. Aquél debe ser de tal naturaleza que el niño pueda instruirse con él y corregirse por sí mismo. Se da a cada alumno una hoja de respuestas que le permite corregir los ejercios que ha hecho. El maestro no corrige más que los tests. Y sólo son los tests los que hacen pasar de clase.

b) Tener un método sencillo para seguir paso a paso los progresos individuales. Cada maestro posee un clasificador que contiene los tests sucesivos para cada materia. En él clasifica las hojas llenadas por los alumnos y que tienen el nombre de cada uno. Cuando un niño ha sido sometido a un test, el maestro no tiene más que clasificarlo. Esto se hace en un instante. En cuanto a los alumnos, tienen éstos en sus manos un carnet que indica los fines a alcanzar, con una página para cada asunto. Los fines de cada asunto están concentrados en una página, con un espacio entre cada uno de ellos, para que el maestro anote en él su aprobación cuando en el test correspodiente ha salido bien el alumno. Este carnet lo llevan cada mes los niños a su casa, haciendo las veces

(1) Ellswort Collings: *An experiment with a project curriculum.* Preface by W. H. Kilpatrick. New York, Macmillan, 1923.

* Ver Ad. Ferrière: *La practique de l'école active.* Neuchâtel. Editions Forum, pág. 36.

de una calificación. Así los padres pueden seguir los progresos de sus hijos.

c) Proveer actividades sociales. Utilizar una gran parte del tiempo economizado por el trabajo individual para dar a los niños ocasiones de trabajar en común. Entablar discusiones sobre problemas reales, sobre temas de educación cívica, de ciencia o de organización escolar. Dramatizar la historia y la geografía. Celebrar reuniones. Realizar obras en colaboración. Que los alumnos tengan ocasión de hacer su aprendizaje social y de desempeñar su papel en una actividad colectiva. Si ésta se halla en correlación con el trabajo individual que los niños acaben de realizar, tanto mejor. Si no, no hay que preocuparse de ello. Que se pongan las actividades sociales en relación unas con otras sin esforzarse en introducir en ellas el cálculo, la gramática, la lectura, la escritura que no hacen más que dificultar la actividad social.

d) Dejar a los niños tiempo para expresarse libremente. Que se les dé la posibilidad de entregarse a actividades especiales que les interesen. Esto no significa que tenga que hacer un trabajo suplementario en aritmética un niño porque ha terminado en poco tiempo las tareas que se le han prescrito en esta materia. Quizá se interesa más por la telefonía sin hilos o por la música. Que se deje realizar sus gustos cuando haya acabado los deberes de su programa mínimo. En la escuela primaria superior se les podrá conceder más tiempo para las ocupaciones individuales libres.

¿Qué hay que entender por una escuela en la que se individualiza la enseñaza? Es una escuela donde cada alumno trabaja por sí mismo y donde se apercibe claramente los fines a los que aspira. Una vez que ha alcanzado un fin pasa al siguiente. Si ha alcanzado a los de su grado en tal o cual materia, aborda el trabajo del grado siguiente, sin esperar que los otros lleguen a él, y sin esperar que haya acabado el trabajo en todas las materias del grado en que se halla.

No hay necesidad de cambiar de clase. Un niño puede, por ejemplo. seguir el programa de aritmética del cuarto grado y el programa de lectura del quinto. Pero si en tal materia está dos años adelantado con relación a los en que se halla más atrasado, dejará de lado las materias en las que está más adelantado con el fin de avanzar en las otras. Una clase en la que se practique la instrucción individual es una clase excepcionalmente activa. Los niños trabajan en ella con vigor porque el fin que persiguen está claramente ante sus ojos.

El programa tipo de una jornada escolar consagra en general tres horas al trabajo individual, y dos horas a actividades colectivas o a trabajos en los que predomina la creación espontánea. Estos dos géneros de trabajos no se tienen en cuenta para el paso de una clase a otra. Tienen su fin en sí mismos.

La escuela en que se individualiza puede reservar así más tiempo a las actividades colectivas que ninguna escuela organizada por el antiguo sistema de clases.

Aquí se preguntará también: ¿cuáles son los resultados obtenidos? La experiencia se ha aplicado desde hace hace catorce años en las escuelas públicas de Winnetka. Estas escuelas cuentan en junto con 800 alumnos. Se puede afirmar, pues, que la base experimental es muy amplia. Pues bien, la experiencia realizada confirma de una manera constante lo que sigue: 1.° Los niños con mayor retraso avanzan menos lentamente que si tuvieran que repetir un año en una clase. 2.° Los niños de inteligencia superior pueden acabar los ocho grados escolares en cuatro o cinco años. 3.° La masa de los niños puede recorrer los ocho grados en seis o siete años. 4.° Los niños manifiestan mucho más interés por su trabajo, lo que hace la disciplina más fácil. 5.° El trabajo se realiza de una manera mucho más profunda.

3

Quizá podría bastar con esto. Como se observará, el método de Winnetka une las ventajas del *Project Method*, de John Dewey, y del *Dalton Plan*, de Miss Parkhurst. La ventaja del trabajo individual, según Carleton Washburne, es que los alumnos no están obligados a acabar sus deberes mensuales en todas las materias antes de pasar a los capítulos siguientes. Teóricamente pueden proseguir su trabajo en una sola materia mucho más allá que la media de sus camaradas, y descuidar momentáneamente, por este hecho, el trabajo en las demás materias; y esto es conforme a las exigencias de la psicología del subconsciente. Nosotros hemos tenido la impresión de que los niños, desde los nueve o diez años aprecian mucho el trabajo colectivo. La palabra del maestro despierta su espíritu y su obra horizontes nuevos. La crítica entre compañeros en los estudios hechos en común estimula poderosamente la emulación. Entre las materias puramente ténicas, tales como la aritmética, las lenguas, los elementos de las ciencias, de la historia y de la geografía, y de otra parte, las actividades libres y ocasionales, hay lugar para lecciones que se relacionan más que aquéllas a las que estamos acostumbrados, y por esto hemos adoptado el programa del Dr. Decroly, de Bruselas, que nos ha parecido el mejor adaptado a los intereses de la infancia porque se apoya en los instintos primitivos de la humanidad. Nuestros lectores lo conocen ya. Recordaré solamente que este método se ocupa del niño y de sus necesidades, del niño en la familia, en la escuela y en la sociedad; del hombre en su conquista de la naturaleza animal, vegetal, mineral y cósmica, de las necesidades de alimentación, de calor (habitación, vestido y calefacción), de defensa contra los enemigos: animales, seres humanos o enfermedades, y, en fin, del trabajo colectivo y solidario. Estos son asuntos que interesan mucho, no sólo a los niños, sino también a los adultos. El método empleado será la observación, la medida y el estudio de la tecnología, las asociaciones en el tiempo (historia), las asociaciones en el espacio (geografía), la expresión manual y verbal, oral o escrita.

He aquí, pues, el programa de la escuela internacional de Ginebra. Consagramos la primera mitad de la mañana al trabajo individual de las técnicas según el método de Winnetka. La segunda mitad de la mañana se destina al estudio colectivo de los centros de interés, según el programa del Dr. Decroly. Finalmente, la tarde se reserva al *Método de proyectos*. Tales son nuestras experiencias actuales.

Sería interesante que otras escuelas realizasen experiencias análogas a la nuestra y que podamos confrontar los resultados. Estoy convencido que de

esta confrontación nacería una precisión cada vez mayor sobre los métodos que pueden ser aplicados con una eficacia cierta en las escuelas públicas. No necesito decir qué transformación prodigiosa podría producirse en la sociedad entera de mañana si las diferentes naciones se avinieran a aplicar en todas sus escuelas métodos conformes a la ciencia psicológica y al simple buen sentido.

LAS ESCUELAS RENOVADAS DE WINNETKA

Como complemento del artículo de M. Ad. Ferrière, que publicamos en este número, reproducimos a continuación los principales pasajes del trabajo publicado por el Sr. Carleton W. Washburne, organizador de las escuelas de Winnetka, en el último número de la revista *Pour l'Ere Nouvelle.*

Hay dos tipos de escuelas innovadoras. Uno de ellos conserva los antiguos métodos en la enseñanza de la lectura, de la escritura, del cálculo y de las demás materias de enseñanza principales; pero amplía el programa admitiendo el trabajo manual, las excursiones, las ciencias naturales y el arte. El otro tipo reforma de arriba a abajo la enseñanza, aun en las materias elementales. Las escuelas de Winnetka pertenecen a este segundo tipo.

Determinadas y simplificadas cuidadosamente las materias de estudio elementales, las más comunes y necesarias a todos, los maestros preparan los tests con los cuales pueden medirse el estado y el grado de conocimientos en relación con su utilidad. Estos tests son muy cortos, claros y completos. Cuando un niño cree que ha alcanzado un punto determinado en una materia de enseñanza, pide un tests para la parte estudiada y lo obtiene bajo la forma de un texto poligrafiado que tiene el maestro. Para permitir a los niños el prepararse por sí mismos a tales tests y comprender las imperfecciones inherentes, los maestros han combinado un material de ejercicios que representa en realidad a los libros de enseñanza que los niños estudian. Este material de ejercicio conduce a los niños, paso a paso, de lo que saben a un grado más avanzado de conocimiento y de habilidad de que necesitan. El niño controla y mejora su propio trabajo práctico. Cuando ha pasado con éxito el test de un grado determinado de su trabajo, comienza a trabajar para el grado siguiente, con independencia de los progresos de los demás niños en esta materia y aun de sus progresos en otras materias. No hay horas de clase para estas materias fundamentales. Cada niño trabaja por sí y según sus propios impulsos. La economía de tiempo, unida a una asimilación completamente satisfactoria de la materia adquirida, es prodigiosa. Con dos horas por día, los niños recorren más camino que de otro modo en cuatro horas, y más a fondo.

Este trabajo individual es autónomo y libre. Un niño puede trabajar una o dos horas seguidas en un mismo trabajo o bien dividir este tiempo entre dos o tres materias. Los niños tienen toda la libertad de movimientos en la sala de clases; pueden ayudarse unos a otros o ir a preguntar al maestro siempre que quieran. El hecho de que controlen ellos mismos sus trabajos prácticos y de que los maestros dispongan de los tests de antemano, evita que el trabajo del maestro sea demasiado pesado, como sucedería si tuviera que ocuparse individualmente de 30 a 35 alumnos. El tiempo que ganan los niños con este método de instrucción individual en las materias fundamentales, tiene por consecuencia que se pueda conceder mucho más lugar que ocurría antes al trabajo en común y al que contribuye a la expresión espontánea. La mitad del día escolar aproximadamente—por lo general una hora a la mañana y hora y media a la tarde—se consagra a esta actividad libre, para la cual no hay ninguna nota o distinción. Durante este tiempo más libre, los niños organizan sus asambleas, dirigidos por ellos mismos, celebran sesiones, bosquejan programas, dan cuenta de los libros que han leído, hacen excursiones al campo, o dramatizan las costumbres del pueblo o algún suceso histórico importante. Durante las horas de trabajo colectivo van también a los talleres de carpintería, o dibujan, pintan o cantan juntos o preparan su revista escolar que imprimen ellos mismos en la imprenta de la escuela.

En otro trabajo el señor C. W. Washburne dice: Se agrupa a los niños por clases, según el grado alcanzado por su progreso en el conjunto de las materias. Nada impide a un niño trabajar al mismo tiempo en una clase del sexto grado en idioma y en una de octavo grado en cálculo. Un niño no cambia de clase cada vez que ha obtenido una promoción. Los grupos de clases cambian ordinariamente una vez por año, pero esto no es una regla general. El trabajo individual permite afiliar cada niño al grupo que parece convenirle. Los niños verdaderamente precoces son puestos, por lo general, en una clase que comprende niños cuya edad corresponde a una media entre su edad real y la edad que les conferiría su desarrollo intelectual. La mayoría de los ensayos realizados con el fin de dar a los niños precoces el género de trabajo que les convenía, les ha puesto en contacto personal con camaradas de clase de los que se distinguían sensiblemente desde todos los puntos de vista, salvo el de la inteligencia, La elasticidad del sistema de Winnetka aleja esta dificultad. Siendo las cosas iguales, los niños son colocados en una clase con otros niños que se hallan aproximadamente en el mismo grado de trabajo que ellos en la mayoría de las materias. El factor más importante que hay que tener en cuenta en la agrupación de los niños, es el trabajo colectivo, por el cual tienen que colaborar unos con otros.

(De la *Revista Pedagógica,* Madrid).

NOTA.—Una vez más, pedimos a nuestros maestros estudiosos que se suscriban a la excelente *Revista Pedagógica,* de Madrid. Es mensual; las suscriciones se admiten en la Librería de los Srs. Sauter y Co., de esta ciudad.

B. Sanín Cano viene a Buenos Aires

Desde luego, la noticia no es para impresionar a las damas de nuestra sociedad, y mucho menos todavía a los «amigos del arte».

El señor Sanín Cano, que es, por su probidad intelectual, su independencia de espíritu y su estilo clarísimo, el más alto exponente del pensamiento liberal en América, no constituirá, por suerte, un acontecimiento en nuestra metrópoli. Como que viene a ella sin túnica, sin barbas y sin secretario...

Por otra parte, no obstante haber firmado la más valiosa correspondencia de *post-guerra,* publicada en Buenos Aires, el señor Sanín Cano sólo se dice periodista, y como tal viene aquí a trabajar. Por tanto, poco o nada tendrán que ver con él los institutos populares de conferencias, los ateneos hispanoamericanos, las sociedades hebraicas y demás corporaciones a la espera de huéspedes desocupados para el fomento de la farolería seudoartística.

(De *El Hogar,* Buenos Aires).

El derecho de conquista

Como lo esperábamos, el Presidente de los Estados Unidos de América, nombrado árbitro por el Perú y por Chile en el litigio que ambos países sostienen desde hace mucho por las provincias de Tacna y Arica, han decidido de acuerdo con el derecho de conquista, garantizando a Chile, por medio de un seudo-plebiscito, que se va a celebrar en provincias en que durante cuatro años los chilenos han expulsado hasta el último peruano, la cuestión de a quién debe quedar la propiedad de las tierras. Es la consagración definitiva del Derecho de Conquista por la espada. Y no podía ser de otra manera. Wilson habría sentenciado otra cosa. Pero Wilson está bien muerto y bien enterrado; y Coolidge es el digno sucesor de Polk, Mc Kinley y Roosevelt.

Esto lo sabían Chile y el Perú, cuando en 1922 sometieron a la decisión de los Estados Unidos su litigio; por lo cual, el Perú no tendrá a quien quejarse, ya que él mismo eligió por juez a una autoridad que necesariamente tendría que inclinarse del lado del imperialismo, la garra y los intereses creados, en contra de la justicia sin vinculación y fuerza.

Todo ello está muy bien, y debemos felicitarnos de que haya ocurrido así, por las razones siguientes: En caso de que el Presidente de los Estados Unidos, un Wilson, por ejemplo, hubiese dado una sentencia favorable al Perú, en contra de la conquista y del imperialismo que representa Chile en el Sur, el prestigio de esa sentencia hubiera calado tan hondo en el ánimo de todos nuestros pueblos, que levantaría un sentimiento de simpatía incontenible, tal como el que suscitó universalmente el profesor de Princetown, por sus discursos humanitarios, tristemente desacreditados después por sus acciones torpes. Habiendo el Presidente Coolidge favorecido a Chile con su decisión, toda la América sabe que sigue imperando la regla de hierro del derecho del más fuerte; y sin entusiasmos ni ilusiones peligrosas, los países hispanoamericanos, a menos que estén dominados por una incontenible predisposición al suicidio, se abstendrán en lo futuro de someter sus litigios a una autoridad cuyas miras son tan conocidas, y que tiene que tratar de justificar tantas rapacidades propias absolviendo las ajenas.

El abogado de Chile, Mr. Lansing, el funesto personaje que como Secretario de Wilson hizo nugatorios para Hispano América todos los beneficios que pudieran derivarse para nosotros del idealismo de aquel Presidente, por su intervención siempre torcida e inspirada en motivos inconfesables, ese Mr. Lansing, ha dicho que el laudo es la justificación absoluta de todo lo que ha hecho Chile en los últimos treinta años. Para ser verdadero debía haber agregado que de todo lo hecho en los últimos cuarenta y cinco.

A modo de limosna se le ha dejado al Perú una fajita de terreno, la *ñapa,* que se había cogido al vencedor, después de quitadas las tres provincias peruanas y las dos bolivianas, tan ricas en salitre y guano, como lo es la Huasteca en petróleo. Esa limosna de Taratá, le servirá a Leguía para proclamarse vencedor ante los peruanos, y afianzar por seis o doce años más su despotismo, calcado a imitación de los Guzmán Blanco y los Juan Bisontes.

El laudo sobre Tacna y Arica, ha venido muy a tiempo. Parece que el Ecuador, Colombia y Brasil, y el mismo Perú, querían someter al arbitraje del Presidente americano la cuestión de sus límites en el Amazonas. Es muy probable que con el precedente actual, ya no sientan las más de esas naciones deseosas de presentarse ante una autoridad tan propensa a mirar con ojos dulces el derecho de arrebate.

El error más grande, sería creer que el laudo sobre Tacna y Arica ha resuelto los problemas del Pacífico. La nación verdaderamente perjudicada y ruinosamente despojada, Bolivia, que tiene millón y medio de kilómetros cuadrados de superficie, se ha quedado sin puerto de salida, pues Chile le quitó el único que tenía, en esas mismas zonas salitreras. En cualquier circunstancia favorable, por defender su supremo derecho a la vida, Bolivia reclamará o arrebatará también su puerto, y entonces, sí podrá comenzar a hablarse de bases de paz perdurable en el Pacífico. Mientras tanto, es fariseísmo, querer pasar sin una palabra siquiera por sobre los derechos de esa nación despojada.

JOSÉ SILVANO

(*La Opinión,* Tampico, México).

Don José María Raposo

CON el bastón o caña de Indias con puño de carey, que perteneció a un virrey, con el lapicero de oro que le regaló don Ramón Barros Luco, y fumando pipa, que fué de don Diego Barros Arana, aparece por ahí don José María Raposo, que es ya Raposo a secas, como José María Vargas Vila, es Vargas Vila a secas, monopolizando a todos los demás Vargas Vilas conocidos.

Don José María Raposo, con su mirar irónico y algo blasé, es el hombre de las increíbles citas históricas y de los recuerdos trascendentales, llegando a hacer el efecto de que tuviera mil años.

Luce don José María Raposo, en el chaleco blanco, imponente cadena con una cabeza de raposa a manera de *pendantif,* regalo de no sé qué personaje histórico... También gasta monóculo, un auténtico monóculo portugués que viene a probarnos la íntima característica de los lusitanos que, con mucho talento, estudian y trabajan con un solo ojo, o sea, con un solo lado de la cabeza. Porque Raposo, siendo un observador formidable, no se ha preocupado mucho de probarlo al público. Sólo a veces y con cuentagotas, nos da noticias de su talento picante y enciclopédico. Si los nombres en su origen remoto, han tenido una significación inmediata y literal, por el carácter de la persona, el amigo Raposo conserva las cualidades del antepasado: es simpáticamente Raposo, como el general Roca y como fueron don Federico Errázuris y don Ramón Barros Luco. Por eso la raposa de oro que pende de la cadena en su chaleco blanco, un poco abombado por la tranquilidad y la buena cocina, es simbólica.

Íntimo amigo de María Guerrero y de Fernando Díaz de Mendoza, de Martínez Sierra y los hermanos Alvarez Quintero, es seguramente el hombre más entendido y rico en anécdotas teatrales de la prensa chilena, como que fué, además, en otra época, administrador del Teatro Municipal.

Cuando llega a *La Nación,* bambaleándose elegantemente con su caña de India y el gran veguero humeante entre los dientes, no he podido dejar de pensar en esos héroes de novela queiroziana. Sí: Raposo es un personaje queiroziano. Se parece por su ironía desencantada de *bon vivant* al simpático Teodorico Raposo de *La Reliquia*.. Por eso su monóculo, ese medio ojo irónico y malicioso, nos recuerda los monóculos del Chiado y del Largo de Camoens. Raposo tiene un aspecto eminentemente latino como un paréntesis en estas ciudades donde el indio está latente aunque pugna por llegar a la nivelación con el espíritu glorioso del Mediterráneo.

José María Raposo nos recuerda, a la par que un Teodorico desencantado, a esos personajes parisienses de Maupassant, bulevardiers y periodistas como *Bon Ami.* Su monóculo contempla pasar la vida sin sobresaltos, con un recuerdo histórico y una sonrisa amable para todo. Las apostillas son su género actual, continuación de sus crónicas en *La Unión* de Valparaíso y su rápida actuación en periódicos satíricos que en su época tuvieron gran nombradía. También tiene cierto parecido con el Fígaro de Beaumarchais. Es latino, latino de verdad, latino puro, por eso no quiere comprender esos movimientos hindúes o mongólicos, o nórdicos, que fuerzas superiores imprimen a nuestra literatura. No puede creer en la raíz asiática de la raza, y le hace la guerra como Valdivia se la hizo después al Huelén. Pero ha reemplazado la rodela de acero por la rodela de vidrio en el ojo y la tizona por la caña de Indias, con puño redondo de tortuga, en las manos.

El amigo Raposo ama la vida exhuberante; es un degustador de las sensaciones. Greco-latino hasta la médula, como su nombre, como su frente, como su ojo penetrante y malicioso, como su porte entero. En la alegría de vivir, de conversar, de *flaner,* de quedarse charlando en el café con el puro en la boca. Su memoria es prodigiosa, y hace el efecto de esos cofres de las joyerías donde brillan gemas raras y resplandecientes como su arsenal de recuerdos. Es un trasplantado en esta sociedad chilena apática y reservada en sus expansiones; estaría mejor, sin duda, en una peña de café madrileño o en cualquier círculo de París, Florencia o Nápoles, donde los hombres hablan girando sobre los talones y haciendo aspas de molinos con los brazos.

El amigo Raposo, a pesar de su talento, no será nunca nada, no será nunca nada oficialmente, caciquilmente; no sabrá imponer el respeto requerido para mandar, porque le falta esa gravedad asiática y amanerada, cimiento pesado, indispensable pedestal de esas mazacotudos celebridades evangélicamente sentenciosas y horriblemente aburridoras, con esa cordura de patos que diría Pablo de Rokha.

La espontaneidad verbosa de José María Raposo, le aleja de los eminentes sitiales donde se requiere exclusivamente el monosílabo campanudo como repique de Catedral en Viernes Santo.

A mí me parece que he visto ya esa cara en los muebles de Barcelona, en la calle de la Sierpe, en la Cannebière o en la encrucijada napolitana,

Sí: yo he visto esa cara que recuerda tanto personaje latino, hasta el Tartarín de Tarascón; porque también tiene una isla, una isla concedida en el Sur para la pesca de la ballena. Todos los años, en la canícula, sale José María para el Sur, con sus harpones, sus sombreros impermeables de lobo de mar y la inseparable pipa de don Diego Barros.

Pero al que más recuerda de todos los personajes latinos citados, es al Teodorico Raposo, la flor de la selva queiroziana.

Nos parece verle ya, una mañana, mezclado con el público del Chiado en la capital portuguesa, a la hora de los gomosos, del aperitivo en las terrazas donde chiquillas sucias y bonitas como frutas caídas en el barro, ofrecen billetes de lotería o violetas. En ese público he creído encontrar a Raposo, al primo Basilio, al padre Pinheiro, al doctor Margaride y a doña Patrocinio das Neves, cargada de medallas y reliquias, con el rosario en los dedos amorcillados.

Es una admirable evocación del sol latino en el río Mapocho color de piedra, solapado y violento.

JOAQUÍN EDWARDS BELLO

(*La Nación,* Santiago de Chile).

Sobre todo, que no se reforme nada

AHORA resulta que la mayor aspiración, el sumo ideal de los buenos españoles consiste en repristinar la Constitución y el Parlamento anteriores al golpe de Estado. No se dirá que somos unos ansiosos. Aquellas instituciones habían caído en tal descrédito que no necesitaron sus derrocadores hacer efectivo ningún heroísmo para anularlas. Y, sin embargo, ha bastado que se las haga fuerza para que algunos temperamentos sentimentales se resuelvan a formar en su defensa nada menos que un frente único. Por lo visto, a la sobredicha Constitución le pasa lo que a la Cenegunda de la novela volteriana, que era más bella cuanto más violada.

Los que no somos hombres políticos, y, en consecuencia, no nos sentimos capaces de levantar bandera propia, esperamos a que pase alguna bajo la cual alistarnos. Mas, por desgracia, cuantas vemos ondear son tan poco atractivas que no nos resolvemos a seguirlas.

Esta que ahora se agita proponiéndonos el regreso a las delicias antedirectoriales, difícilmente encenderá los corazones. Casi parece una broma que de todo lo ocurrido se saque como conclusión la necesidad de un retorno a lo que fué causa de un trastorno.

Mas el hecho de que tal cosa se proponga en serio, debe inspirar graves preocupaciones. Porque ello indica que el espíritu público no ha adelantado nada, que todavía no nos hemos convencido los españoles de la sola cosa necesaria, del único punto esencial para el porvenir histórico de nuestro país, a saber: que es ineludible una reforma profunda de la nación española, y, por lo pronto, del Estado español. Le parece a uno esto tan evidente, que al no hallar en el compatriota medio la misma convicción, se echa uno las manos a la cabeza con la vaga sospecha de padecer alguna demencia. Porque no hay término medio: o es uno o son los demás los dementados.

Comprendería muy bien que existiese acérrima discusión sobre cómo había de ser esa reforma profunda del organismo nacional; pero causa espanto que no se reconozca, que no se sienta, su inevitabilidad.

Siempre he creído que, analizando hasta el fondo los hechos, la causa decisiva de nuestra progresiva desventura es que el español medio—la política la hace, a la postre, el tipo medio del ciudadano—no haya aceptado nunca, no ya la posibilidad, pero ni siquiera la necesidad de reformas importantes en ningún orden. Hasta el punto de que en España basta enunciar ese imperativo de altas modificaciones para verse consignado por las gentes a la quinta dimensión y ser tenido por un lunático. Un proyecto o idea de reforma es rechazado *a limine*, sin dar lugar a controversia sobre su contenido concreto. Todo lo que propongáis se juzgará, de antemano, inverosímil.

Sería de interés especulativo indagar la razón sociológica de esa insensibilidad para la reforma, que tan enérgicamente revela nuestro pueblo. Porque es un fenómeno curioso en sí mismo, además de ser penoso para todo el que sienta con viveza a su patria. El español medio se pasa la vida diciendo que está muy mal, que todo va mal, y, sin embargo; no acepta en serio que se ensayen nuevas posturas al cuerpo nacional para ver si le va mejor. Y esta inaceptación de toda reforma subterránea es común a derechas e izquierdas. El izquierdista se alarga a tolerar que se modifiquen ciertas palabras en los Códigos, donde se hagan constar nuevas y vagas libertades; pero se negará, lo mismo que el *reaccionario,* a que se toque un pelo a la organización real del cuerpo español. Así, ahora, la reacción de liberales y demócratas ante el Directorio se ha reducido a plañir las libertades perdidas, o a postular una nueva Constitución, nueva sólo en el orden formal jurídico de las libertades; pero no han mostrado la menor urgencia para idear y proponer una dislocación de la vieja anatomía nacional, a fin de intentar otra más eficaz.

La razón sociológica de tan extraña repugnancia a toda modificación tal vez se halle en que el tono medio—y por tanto decisivo—de España está dado por el *petit-bourgeois.* En toda la nación reinan, dominan y triunfan la moral, la ideología, los nervios del pequeño burgués. Y el pequeño burgués es, por definición, el hombre sin curiosidad, incapaz de asomarse fuera de su horizonte rutinario, que siente pavor ante todo cambio, sea el que sea, por falta de agilidad mental para representarse, frente a la realidad vigente, otra aspirada.

En España no se advierte el influjo de las clases encargadas, dondequiera, de movilizar con su fecunda inquietud, con su capacidad de entusiasmo por lo mejor inexistente, la inercia de la gran masa *petit-bourgeoise.* Falta la aristocracia. El aristócrata celtíbero de ambos sexos es un pequeño burgués que juega al *golf* y se somete a la moral angosta y anquilosada del comerciante y el empleado. Falta la clase intelectual—escritores, artistas, médicos, ingenieros—que sacuda los lomos de la raza como con un látigo, con la materia elástica de sus ideas. Falta el obrero que perturbe la beatitud de los inertes, con la ostentacion frenética de su esencial tragedia.

Somos felices. Sin aristócratas de sangre o finanza, sin intelectuales de lira, de idea o de logarítmo, sin obrero con hambre y con odio, España es el paraíso de la pequeña burguesía. Y mientras sea así, no se podrá soñar en reforma alguna. Y si no hay reforma, no se podrá soñar en una España menos feliz, pero un poco mejor.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

(El Sol, Madrid).



Hacia la arquitectura propia

San José, 21 de abril de 1925.

Señores arquitectos don J, F. Salazar
y don Teodorico Quirós.

Muy estimados señores:

Vengo a felicitarles calurosamente por los planos que ustedes han levantado para la construcción de la nueva basílica de Santo Domingo. Son, a mi juicio, un verdadero acierto, y hago votos porque al ejecutarlos no los echen a perder con modificaciones, como es tan a menudo el caso en este país donde todos pretendemos saberlo todo, especialmente en materia de arquitectura. Este es el motivo de que no sólo la capital sino el país entero estén plagados de adefesios arquitectónicos, hijos del empirismo y del mal gusto. Me limitaré a citar el Santuario de los Angeles de Cartago, verdadero mamarracho.

Ustedes, con muy buen juicio y no menos buen gusto, han elegido para su obra el estilo colonial hispanoamericano, modernizándolo y aligerándolo con verdadero talento. Esto mismo tuve el placer de observar en México, donde inteligentes y hábiles arquitectos, inspirándose en los modelos de la colonia, han logrado levantar edificios preciosos y muy originales. Algo de esto pude ver también en Lima. Por ejemplo, el nuevo palacio arzobispal; fabricado con el estilo típico de la ciudad, y que tanta armonía guarda con la vetusta mole de la catedral situada a su lado.

La América Española tiene la suerte envidiable de poseer una arquitectura propia, característica, una arquitectura nacional y debemos esforzarnos en conservarla; no copiándola servilmente como en el caso de la llamada Casa Amarilla, sino inspirándonos en ella, rejuveneciéndola, adaptándola a las necesidades de la vida moderna, como lo han hecho ustedes en sus excelentes planos de la basílica de Santo Domingo.

Con un aplauso muy sincero, soy de ustedes afectísimo amigo.

R. Fernández Guardia

(*La Tribuna*, San José de Costa Rica).

La esencia de mi copa

¿Por qué se vertió tanta acritud en mi copa,
para que así se amargaran mis horas?
Lo pregunto y a sus bordes acerco la boca,
como si rebosara miel de fresas y de moras.

Más amargo y oscuro que otros, es su vino,
pero sin sesgar el labio, suavemente lo tomo.
¿Escogió alguien acaso, su propio destino?
¿Acaso pudo alguien variar la esencia de su pomo?

En cada copa una mano invisible y poderosa
vertió una esencia y una profecía.
A unos toco un suave licor de rosa,

a otros, miel de oro y de perfume;
y para mi copa, una agua de melancolía
que la boca sedienta, en silencio consume!

Clara Diana

San José, Marzo, 1925.

Intersecciones

Días
velados por nubes de orobías.

Mañanas
de tempranas
campánulas
y repiques sin sol.

Alacenas
fragantes de alhucemas
para los eucarísticos
[manteles.

(Oh
nó!
Vuestras rosas mucosas
vuestras azucenas con ojeras
vuestros amores
de glándulas y secreciones...)

He de adorar a Cristo
con las rodillas
desnudas sobre las losas frías.

Al crepúsculo espera
en la mesa de virgen madera
con el arroz frugal
la leche y el pan blanco.

Y al final
el pecado venial
de la pasta de almendra
conventual.

Aparición

La mujer que aparece, surge
enmedio del apoteósis de un perfume
o escondida como una violeta
en el núcleo de sombra de la estrella.
Intermitente copo de espuma
en el oleaje de la música.
Vaso de champaña y nieve
en la sed de la fiebre
que nos hunde en la alberca tibia y clara
de una inmensa esmeralda
y nos abre en la aurora
los ojos que cerramos en la sombra!

Haikais

(Tiempo curvo).

Duelistas

Sus sendas balas
dan la vuelta a la tierra en un instante
y ambos caen heridos por la espalda...

La «Bas Bleu»

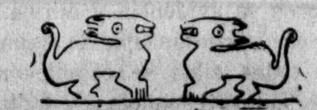
Lleva una pluma en el sombrero
como una pluma en un tintero...

Desideratum

Buen burgués: el tlaconete
es hermafrodita y tiene
más de 14,000 dientes...!

José Juan Tablada

(*La Pajarita de Papel*, P. E. N. Club de México, 1924).



Ayacucho en la Revolución de Hispanoamérica

=Discurso pronunciado por el Dr. Manuel Díaz-Rodríguez en su Recepción como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, (Caracas) el 6 de Diciembre de 1924.=

...La tierra del sol, como era justo, no necesitó sino de un día para ganar su independencia. Poco importa que ese día tuviera su noche siniestra en la quebrada de Corpahuaico, porque a la faena libertadora bastaron la tarde de Junín y la mañana de Ayacucho.

Hace hoy un siglo quedaba adquirida la independencia peruana, y terminaban, coronados con glorioso remate de cumbre, quince años de afán continuo y heroico por la independencia de América. La exigua llanada de Ayacucho se exalta en la luz de la mañana—que era en aquellas latitudes mañana de primavera—hasta hombrearse con la cima del Cundurcunca, y el Cundurcunca mismo aparece más enhiesto y como empinándose en el futuro, consciente ya de ser el término que irrevocablemente separa, con la inmaculada pureza de su casco de nieve, dos épocas de la historia. Y Ayacucho dejó de ser el «rincón de los muertos», para trocarse en inagotable raudal de enseñanza y de vida.

«La América del Sur está cubierta de los trofeos de vuestro heroísmo—dirá el Libertador en su proclama al Ejército—pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, eleva su cabeza erguida sobre todo». «Es—repetirá más tarde, al trazar los rasgos biográficos del vencedor—la cumbre de la gloria americana, y la obra del general Sucre». Y sin duda es la obra de Sucre, por cuanto hace a la ideal estructura de la batalla, a los limpios y clásicos movimientos con que la habilidad y la visión del simpar estratega acaban arrancando, con las palmas del triunfo, toda esperanza a las armas realistas. Pero en cuanto a su inmensa y honda significación, la victoria de Ayacucho no fué la obra exclusiva de Sucre. No fué la obra exclusiva de Colombia o del Perú, de Buenos Aires o Chile, de ninguno de los pueblos que tuvieron la fortuna de verse representados, siquiera por alguno de sus hijos, en la última gran batalla de la Independencia. No fué la obra exclusiva de un hombre o pueblo determinado, sino la obra de todos. Era la obra de los presentes a la jornada, y lo era también de infinitos ausentes que, en un ímpetu de simpatía o de voluntad generosa, acompañaban desde lejos en espíritu las armas de la libertad. Era la obra de cuantos vivieron aquella triunfal mañana de primavera, transfigurados de heroísmo y orgullo, y era también la obra de muchos que ya de tiempo atrás yacían bajo la tierra convertidos en polvo. Era la obra de los libertadores y lo era también de todos los precursores—hombres de Chuquisaca o la Paz, de Quito o el Socorro, de Caracas o México—de cuantos precursores brillantes u obscuros, Pumacahua o Carrera, Murillo o Miranda, de México a Chile y del Plata al Orinoco habían, por la misma causa de bien, terminado en el patíbulo, o desaparecido sin dejar ni el rastro de sus huesos en la noche de las prisiones, o sucumbido en las penalidades del destierro, o muerto, los más felices, aunque sin recibir sobre sus frentes el beso de la gloria, en anónimos campos de batalla.

En todas y cada una de nuestras repúblicas floreció la planta del precursor en rosas de martirio. Y cuando en 1810 la obra de los precursores se evidencia y afirma, todos nuestros pueblos adoptan casi simultáneamente iguales procedimientos y lenguaje. En todos ellos se establecen juntas que son como un eco de las juntas españolas, y todos ellos, o la mayor parte de ellos se constituyen, de Centroamérica al Plata, bajo el nombre de Provincias Unidas. Una misma doctrina, y aun las mismas palabras fundamentan las distintas declaraciones de independencia. Por encima de las fronteras de la colonia, provisionales e indecisas, fraternalmente se tienden unos a otros las manos. Reconócense los hombres, de uno a otro país, como hermanos de armas, como ciudadanos de una misma nación, de una misma patria: la América. Porque desde su primero y más pálido albor la revolución de independencia fué siempre, hasta la mañana de Ayacucho, franca y esencialmente americana.

Ya los granadinos acudían a la independencia de Venezuela, y en el corazón de Girardot encontraba símbolo supremo la cooperación heroica de la Nueva Granada; ya los venezolanos en Boyacá refrendaban con la sangre de sus venas la independencia granadina. Tramontaban los ríoplatenses la cordillera para ir a batirse por la independencia de Chile, y argentinos y chilenos movían luego su cruzada libertadora a los campos del Perú. Concurrían argentinos y peruanos, como a una cita de honor, al coronamiento de la independencia colombiana, cuando, obedientes a la espada de Sucre, las falanges y banderas de la libertad, anulando el empuje de las armas del Rey, dominaban las alturas del Pichincha en un vuelo incontrastable de cóndores. Y en seguida, ecuatorianos, venezolanos, granadinos, los hijos de Colombia, irían de Junín al Desaguadero, sembrando por las altas mesetas de los Andes del Perú un pensil de fábula y de sangre.

Unas veces los esfuerzos, dispersos y limitados, como los mismos hombres, aparecían aislados y egoístas; otras veces, concertados y harmoniosos, trasponían las fronteras con decidido movimiento de expansión deliberada y coherente.

Pero todos, esfuerzos, hombres y pueblos, reconocían enemigos e ideales comunes. Y así las energías de unos y otros habían de converger necesariamente a un mismo fin, a encontrarse concordes en la gloria de Ayacucho, a cristalizar en la «cumbre de la gloria americana». Para elevar esa cumbre, allegó cada quien su material: el uno su grano de arena o su guija de arroyo; el otro, su noble piedra sillar, española o incaica; y hubo quien allegase también su bloque de mármol preclaro, albo y sin mancilla como la nieve del Cundurcunca; pero, como era uno mismo el fervor, él bastó a trasmutar tan diversos materiales en una sola substancia divina.

Virtualmente quedaba terminada en Ayacucho la obra militar de la revolución, porque epílogo forzoso de esa batalla habían de ser, de una parte la rendición del Callao, y de otra parte la independencia del último territorio ocupado todavía por las huestes del Rey, o sea el territorio de las provincias bajas del Río de la Plata que, al verse emancipadas por las armas de Colombia, y propicios el pensamiento del Libertador y los Congresos de Buenos Aires y el Perú, se organizaron, conforme a su voluntad categórica y manifiesta, en el nuevo estado soberano de Bolivia.

Terminada la acción, el hombre, el político y el estadista que alientan en el héroe de Ayacucho revalidan moralmente la revolución americana. Las capitulaciones que en el mismo campo de batalla ofrece el vencedor al vencido justifican la revolución a los ojos del universo. A ningún otro podía el genio de la revolución y de América fiar el encargo de hacer justicia en Ayacucho. Jamás como al pie del Cundurcunca se puede decir de Sucre lo que Pereyra, el noble historiador mexicano ha dicho de él: que fué el copo de nieve sobre la charca de sangre.

La vida y la obra de Sucre podrían tener síntesis cabal en las líneas netas y precisas de una figura geométrica, tal como un diamante de aguas clarísimas, y de espléndidas facetas pulidamente labrado por un artífice glorioso. Limpio de corazón, era extremoso de pulcritud así en sus concepciones

de estratega como en los más triviales hechos de la vida. Su vida y su obra tuvieron desde su principio luminoso bajo el cielo de Cumaná la limpidez y el ímpetu de una sola línea recta. Línea recta fué su vida de teniente obscuro en el oriente venezolano hasta dar con la facción. Ya sabéis que la facción fué planta que se crió y aun fructificó en todas y cada una de nuestras nacientes repúblicas, y también sabéis como tales facciones fueron después cohonestadas—así en el Perú bajo la pluma de un Riva Agüero—con el nombre de nacionalismo, aunque el nombre y la cosa en cierto modo sean todavía hoy prematuros en América. Pero aquella línea recta, al tropezar con la facción, siguió imperturbable en su rectitud, poniéndose de parte de Bolívar, que era ponerse de parte de la patria. Y desde entonces la línea recta ya no se detuvo en su maravillosa ascensión, culminando primero en el tratado de regularización de la guerra que, de orden y según instrucciones del Libertador, ajustara con Morillo, el Jefe de las fuerzas españolas expedicionarias en Venezuela y Nueva Granada, más tarde en Pichincha, después en Ayacucho, luego en la presidencia de la flamante república altoperuana, y, por último, en las negociaciones de Cúcuta para impedir la disolución de Colombia, hasta que la envidia y sobretodo el miedo a una autoridad y una gloria indisputables, contenidas en el recio búcaro de una juventud vigorosa, la quebraran por siempre jamás, traidora y brutalmente, en la ruín asechanza de Berruecos.

A la justeza de líneas y movimientos en el genio del estratega, correspondía el más exigente sentimiento de justicia arraigado en el espíritu del hombre. La justeza de líneas y movimientos del estratega traza, inmovilizando y anulando al enemigo, el férreo cerco de Yaguachi, el vuelo de águilas del Pichincha y la táctica ondulante y paralela con que sigue, copia, previene o envuelve la estrategia del contrario a través de los riscos y abismos de la cordillera, hasta arrebatarle de las manos la victoria en la meta definitiva de Ayacucho. Entretanto, de su exquisito sentimiento de justicia procedían las delicadezas, los escrúpulos y dudas que en el terreno de la política lo asaltaban, como en los turbios días del Callao o al pasar el Desaguadero, imponiéndole aquella involuntaria y ambigua actitud que observadores contemporáneos demasiado suspicaces o nada psicólogos imputaron a una doblez del todo extraña a su corazón.

Su espada era quizás, de México al Plata, la única espada libertadora cuyo filo certero y leal podía muy bien hacer de fiel irreprochable en la balanza de la justicia. Y su justicia en Ayacucho había de coincidir necesariamente con la magnanimidad y la clemencia. Después de la batalla, no hay ya vencedores ni vencidos. El vencedor tiende su mano y sienta a su mesa al vencido, y es el vencido, no el vencedor, quien se refiere con maravilla a los hábiles movimientos del ejército patriota en el campo de batalla. Al vencido americano se le abren los brazos y se le da el beso de la paz y el olvido. Y al vencido español se le repatria con el oro del Perú, o se le acoge en las filas del ejército patriota con igual rango y tratamiento. Tal es la justicia de Ayacucho. Ni antes, ni mucho menos después, hemos recibido nosotros, los americanos —podemos proclamarlo con orgullo—una lección igual de la materna, grande y civilizada Europa.

El enemigo no era el español. Desde su mismo iniciarse, la revolución en toda América asumió los caracteres de una guerra civil. Ya fuese por un loable y diverso concepto de patriotismo, que los inclinara a considerar con más lustre a la patria haciendo parte integrante de la vieja monarquía española, ya fuese por otras causas, lo cierto es que, desde el principio de la revolución, eran americanos en su mayoría los que sirvieron las armas del Rey; y asimismo, y también desde el principio de la revolución. muchos españoles, llámense Arenales o Campo Elías, Mina o Pardo Zela, habían venido batiéndose con igual fe, con igual bravura y constancia que el criollo por las banderas de la patria. Y si el enemigo no era el español, tampoco era España el enemigo. Muchos hombres, y aun todo un partido, acompañaban desde España con sincera simpatía, si bien no llegaran hasta desearles el triunfo, a los ejércitos de la independencia. El verdadero enemigo era un régimen de usos y abusos universales, no españoles exclusivamente, que, ya agonizante, forcejeaba por mantener su imperio sobre América y Europa. Y el régimen se volvía entonces contra la misma España, traicionada, humillada y rendida sin lucha a los invasores. El ejército que, si bien cimentando los designios egoístas de un César, había, a través de Europa, llevado en la punta de sus bayonetas el prestigio y la luz de las ideas liberales, ahora, en España, sofocaba, al servicio de la Santa Alianza, las libertades españolas y restauraba en el trono el absolutismo.

La revolución, realizada primero en los grandes espíritus de entonces, desencadenada después de un extremo a otro del continente en innúmeros campos de batalla, acabó, justificándose a sí misma, por condenar irrevocablemente aquel régimen en el noble torneo de Ayacucho. Las mismas potencias de la Santa Alianza, mantenedoras de ese régimen, se decidieron a abandonar a su destino la política o impolítica del gobierno español, o si queréis, de Fernando séptimo, deslumbradas por el nuevo horizonte que de repente se abría a la iniciativa, la industria y labor de sus nacionales. Del «rincón de los muertos» brotaba un inagotable manantial de vida, no sólo para la América sino también para la misma Europa. En Ayacucho se alcanzaba la independencia del Perú, se aseguraba la constitución y la independencia de Bolivia, se afianzaba la independencia de Buenos Aires, de Chile, de Colombia, de todas nuestras repúblicas, y se franqueaban por primera vez de par en par las puertas de la América a las corrientes del comercio y la cultura occidentales. Ya el Libertador, en la proclama en que ensayaron su preludio los clarines de Junín, lo había anunciado cuando dijo qne «la libertad del Nuevo Mundo era la esperanza del universo».

Para imprimir carácter de revolución a nuestra guerra de independencia bastaría ese resultado. Hay, sin embargo, quien afirme—y es un español—que nuestra América Española no ha contribuido hasta hoy a la historia de la humanidad con una sola revolución verdadera. Niégase a la guerra de independencia, con su carácter de revolución, su mismo carácter de americana. Tras de ironías más o menos fáciles y amables a propósito del gran número de revueltas intestinas en que por más de media centuria se han desangrado lamentablemente nuestros pueblos, con acierto se ha dicho que el nombre de revolución en el sentido trascendente y filosófico no lo merecen las que no pasan de ser meras protestas contra abusos del poder, sino aquellas otras que van contra los mismos usos y traen inscrito en sus programas o pendones algún nuevo principio. Desde luego sería necesario entenderse respecto al significado de términos tan generales como los «usos» y «abusos» que, por ser tan generales, pierden al fin toda significación. Así, era un abuso, y al mismo tiempo era un uso consagrado por la ley y erigido en verdadera institución de todas las naciones civilizadas de entonces, la infamia de la esclavitud, contra la que se pronunció desde sus primeros pasos la revolución de Hispanoamérica. La revolución fué, en parte, sin duda, una protesta contra los abusos del poder, pero también se rebeló contra los usos de una civilización ya carcomida y minada por la decrepitud, y de su propia sangre generosa exprimió principios nuevos e inmortales.

Tampoco fué, como se ha asegurado y muchos americanos

han repetido, privándola de virtud indígena, una mera imitación o caricatura cisatlántica de la Revolución francesa. Ambas tuvieron, es verdad, principios comunes, o más bien la nuestra adoptó principios de la extraña. Pero esos principios comunes, al cambiar de escenario, cambiaron de importancia y trascendencia, de tal suerte que las variaciones impuestas por el cambio, concluyeron por hacerse características, dando a nuestra revolución fisonomía y originalidad propias. No era lo mismo proclamar los derechos del hombre en el seno de una sociedad como la francesa, de unidad casi perfecta de raza, que proclamarlos como Nariño y otros próceres en el seno del inmenso imperio español, en el seno, sobre todo, de la sociedad de nuestra América del Sur, donde íntimamente convivían y unánimemente aspiraban a derechos iguales tres razas diversas. La presencia de un hombre de otra raza, de un hombre de color, en el seno de la Convención francesa, no pasaba de lo pintoresco y teatral, de ser una nota propicia al desbordamiento lírico de políticos y oradores. Lo que allí era un vano juego sin consecuencias, la ostentación superficial y espiritual del dilettantismo filosófico, surgía entre nosotros como problema innumerable, cotidiano y viviente. Gran distancia va de escribir las palabras de libertad, igualdad y fraternidad al frente de los edificios públicos de Europa, a practicarlas y vivirlas, con todo su contenido profundo en el seno borrascoso y heterogéneo de nuestras masas. Y ya antes de terminar la guerra de independencia, ese problema innumerable y al parecer insoluble, tuvo en la leal y total aceptación del canon democrático su única solución posible. Fué una conquista incruenta de la democracia, o alcanzada con la misma sangre vertida en los campos de la independencia, que encontró su natural coronación y símbolo al día siguiente de Ayacucho. En las filas del ejército libertador había hombres que fueron hata la víspera siervos y esclavos. Eran los unos, indios peruanos abrumados por el odioso tributo de la mita, condenado por la ley pero mantenido en la costumbre. Eran los otros, negros o mulatos de quienes hablara con ininteligente menosprecio un general de esos días. Y fueron las manos de esos indios peruanos, siervos de la mita, y de esos negros y mulatos, esclavos o hijos de esclavos de las ardientes regiones apureñas y de las orillas del Orinoco, las que plantaron las banderas de la independencia, las banderas del Perú y Colombia, de Buenos Aires y Chile, sobre las altas torres del Cuzco

Mientras las armas de la revolución, de uno a otro extremo de América llevaban, en su propia virtud, la simiente de la democracia integral, gracias a ellas habían germinado y se disponían a florecer por la primera vez en la historia principios eternos. Aunque no formulado expresamente, el derecho de los pueblos a decidir de sí propios, que un siglo después había de tener inmensa resonancia, tuvo entonces tácito y riguroso cumplimiento en la fundación de Bolivia. Por las homéricas lanzas de Junín y la espada de Ayacucho, cuajó como fruto de gloria y brilló como nuncio de paz y fraternidad para los pueblos de la América hispana, aquel principio del arbitraje que, enunciado en el Congreso de Panamá e incorporado desde luego al derecho público universal, fué la base diamantina y es el abolengo sin tacha del derecho público de América.

Y así como los esfuerzos de todos, locales o generales, concentrados o dispersos, vinieron a converger y a culminar en Ayacucho, así los héroes, los libertadores, los hombres de estado, todos los hombres de la revolución, vienen de igual modo, con su acción heroica o sus ideas, con su verbo o su espada, con sus defectos o virtudes, a converger y culminar en el hombre que detrás de Ayacucho se presiente como detrás del coro de la tragedia griega el protagonista.

Cada uno de nuestros pueblos tuvo su héroe local, su héroe propio, su héroe vernáculo que, apegado al terruño, no traspasó jamás los linderos de la patria. Y cada uno de nuestros pueblos tuvo también su héroe, de aquellos de raigambre andina y conciencia americana que salvaron las fronteras con ímpetu generoso. Reclama uno la estatua egregia; otro el busto hecho de bronce, o de mármol, o de ingenuo barro nativo; otro, por último, simplemente, un nombre inscrito con caracteres diuturnos en la austera sencillez de una lápida. Y todos, unos y otros, caben en un solo panteón, que es patrimonio de gloria común a los pueblos de América. La gloria de cada uno de ellos, aun la del más obscuro, se refleja con orgullo de familia sobre la frente de las otras patrias. Y cada una de nuestras patrias debe rendir a los héroes de las otras el homenaje de su veneración y su respeto. Uno mismo fué el ideal que ellos, por nosotros, persiguieron, y unos mismos deben ser el homenaje y el tributo. Y a cada uno, según sea o se crea de justicia. Pues muy bien podemos reservar las coronas de nuestra admiración, sin cometer ningún desacato, para aquellos que, no contentándose con legarnos patrias endebles o minúsculas, intentaron esculpir, con brazo y pensamiento ciclópeos, en granito de los Andes, o más difícilmente aún, en el espeso bloque de los prejuicios y de la sorda emulación de sus contemporáneos, los preclaros y nobles lineamientos de una patria grande y fuerte.

Decir Páez es decir Venezuela; decir Artigas es decir la Banda Oriental del Uruguay; decir Nariño es decir Nueva Granada; decir Güemes es decir la República Argentina; pero, decir San Martín, o Sucre, o Bolívar, ya es decir América, sobre todo decir Bolívar, porque él, Bolívar, con su genialidad avasalladora y múltiple, a todos los compendia—estatua egregia, busto o lápida—y todos, pequeños y grandes, a él vienen a resumirse en definitiva, como los arroyos y ríos, con su linfa turbia o diáfana, en la azul inmensidad del océano. Héroes o divinidades de la tierra del Sol, ya sea adorado el uno por los pueblos de la costa, ya sea adorado el otro por los hombres de la sierra, ya lo sea el tercero por las gentes mediterráneas, Con, Viracocha y Pachacámac, aún conservando su mítica o divina entidad, se resuelven en la gloria de Inti, como las estrellas que, sin menoscabo de su sér y siguiendo cada una con ritmo inmutable en su órbita propia, se desvanecen y apagan ante el Padre de la luz.

Decir Bolívar no es decir Venezuela, ni la Gran Colombia, ni el Perú, sino América. Es decir América sin ningún género de limitaciones, o con sólo aquellas que son ínsitas del genio humano. Pueden San Martín, el Gran Capitán, vencedor insigne en Chacabuco y Maipú, y Sucre, el insuperable estratega, vencedor en Pichincha y Ayacucho, ganar grandes batallas como él, pero ninguno como él es a un tiempo mismo el verbo y la espada, el guerrero y el estadista, el poeta y el filósofo de la revolución. Fuera muy difícil representarnos, con todo su carácter continental y americano, la guerra de independencia, haciendo abstracción de Bolívar, a menos de no representárnosla como un gigantesco monstruo invertebrado, o como enorme y desarbolado bajel en alta mar, sin gobernalle ni rumbo. Porqué él es en la historia de la revolución lo que son los Andes en la geografía: la columna vertebral de América. El no separa, sino agrega, une, o si queréis, trata de unir, de articular, como los Andes, con formidables articulaciones de granito. Por eso el mejor monumento suyo, como quería la musa varonil de González Prada, está en el murallón de los Andes. No se puede imaginar su gran sombra sino errando a través de la América, del Avila al Potosí, de de cumbre en cumbre. Cuando no lo vemos cabalgando el istmo panameño, entre el Atlántico y el Pacífico, viendo a la vez como un dios bifronte al norte y al sur, lo adivinamos

tramontando los Andes, en el páramo de Pisba, donde el arte lo sorprendiera abrumado bajo el tremendo presagio de su gloria, o en lo alto del Chimborazo donde se encuentra a solas con su delirio, o en la pampa de Junín donde hace rayar la aurora de la independencia peruana, o, por último, en la cima del Potosí, como aquel día de orgullo y de apoteosis en que hizo desplegar al viento de la puna, sobre la tierra de entrañas de plata de Bolivia, las banderas de la independencia.

A servirle de monumento, bastaría el sereno comentario de su última campaña, preparada en los trabajos titánicos de Pativilca y de Trujillo y resuelta en dos victorias: la victoria inicial de Junín y la victoria decisiva de Ayacucho. Sobre las alas de ellas no cesarán ya de volar, siempre hacia arriba, su pensamiento y su gloria. Ya él es—confesará más tarde Mitre—«el hombre más poderoso de la América del Sur y el árbitro de sus destinos». «Yo sabía—exclamará el venerable y sabio Unanue—de unas ciudadades de la Grecia antigua que se disputaban la gloria de haber sido la cuna de un poeta, pero nunca había leído de naciones grandes y distantes que se disputasen a un mismo gran capitán, a fin de poner su nombre por lo menos al frente de sus armas victoriosas». Es el Libertador y el Presidente de la Gran Colombia. Es el Libertador y el supremo Director del Perú. Es el fundador de Bolivia. «Y ahora—volverá a decir Unanue en noviembre del año 25—le ofrecen el glorioso título de Protector de la Argentina, y esta noticia llega a la metrópoli peruana al mismo tiempo que una porción de hombres ilustres, fugitivos de Chile, desembarcan en nuestras playas a implorar su auxilio y protección, sin los cuales creen no tener patria ni gobierno. Verificado está el pronóstico, y el ilustre Bolívar, bajo nombres gloriosos, amigos de la libertad de los pueblos, es el genio que domina del Istmo al Cabo de Hornos».

Pero no es al Caudillo omnipotente, no es al Dictador, no es al Imperator que se lleva tras de sí voluntades y ejércitos, a quien los pueblos acuden e imploran. Es, como dirá otro peruano de la época, al padre común, Todo, porque ningún otro hombre de la revolución, particularmente a su paso por tierras del Perú, ha pensado, como él, en América y para América. Y porque, ningún hombre de la revolución, así fuese de modo incompleto y fragmentario, posée como él tan vasto y harmonioso ideario político. La visión de sociólogo con que abarca y penetra el problema de las castas en su prodigioso mensaje al Congreso de Angostura; sus ideas constitucionales, enderezadas de una parte a resolver aquel problema y a tener de otra parte solución apercibida para el que se planteará de urgencia, al día siguiente de Ayacucho, en la desapoderada y en cierto modo legítima ambición de los numerosos candillos engendrados por la guerra de la independencia; sus grandes proyectos de confederación que, así como sus ideas constitucionales han venido día por día justificándose plenamente a lo largo de un siglo de historia; su ensayo, el primero en la práctica, de una sociedad de naciones, realizado en el Congreso de Panamá; su creación del arbitraje internacional y sus mismos conatos de romper el istmo panameño, constituyen un todo homogéneo y orgánico semejante a un sér vivo, que significaba entonces y continúa significando todavía hoy, además de previsión política certera en desgarrar los velos del futuro, solidaridad americana organizada.

Quería para su América la unidad política, o algo semejante a esa unidad, con solidez y fuerza en las instituciones que impusiese a los extraños el acatamiento y el respeto. Y por eso él representa como ninguno la revolución ante propios y extraños. En nombre o en efigie, en el Monte Sacro de Roma, sobre el yermo paisaje del Agro, a orillas del Aniene, o en el centro de la gran metrópoli de los Estados Unidos a las orillas del Hudson, él representa a todos nuestros libertadores, desde Hidalgo y Morelos hasta O'Higgins y San Martín, porque él, mejor que nadie, representa el derecho de América, el derecho de todas y cada una de nuestras Repúblicas a la independencia y a la vida.

MANUEL DÍAZ-RODRÍGUEZ.

Sin palabras

Versos para ti

Alma mía tan lánguida: la vida
vaso de amor radiante, se hace oscura
si en ella no acendramos la dulzura
de una sonrisa de mujer querida.

Mas llegas de improviso a la encendida
zarza de mi penar y mi amargura,
y en mi dolido corazón fulgura
clara lumbre estelar, dulce elegida!

Tiembro de gozo y huye mi quebranto;
un movimiento rompería el encanto
cual del lago la linfa azul y honda.

Ni a media voz a murmurar me atrevo
mi cariño por ti, pero te llevo
cual la estrella que viaja con la onda.

Suave minuto

Tu voz velada y con un dejo lento
esta tarde mi espíritu ilumina,
y hay en ella el ritmar de una ocarina
que a lo lejos se pierde con el viento.

Tus ojos en mis ojos; el aliento
cortado, y el minuto que declina
acendra tal fragancia ultradivina,
que en suspenso ha quedado el pensamiento.

A la distancia oímos el arrullo
de dos palomas y hay en su murmullo
tan blando encanto, tan cabal ternura,

Que asidos de la mano hemos callado
porque en mi alma y tu älma se ha insinuado
como üna promesa prematura.

EDMUNDO VELASQUEZ

San José, Costa Rica.

Correspondencia

San José, Costa Rica, 1.º de abril de 1925.

Señor Director del REPERTORIO AMERICANO
Señor Director:

Cumpliendo con el artículo 22 del Reglamento Interno de la Asociación de Estudiantes Universitarios que dice: «La Asociación, por medio del Encargado del Intercambio y del Secretario, excitarán, cada vez que fuere necesario a los autores o editores nacionales de periódicos, revistas, folletos y libros a que envíen—como obsequio—a la Asociación, con el objeto de intercambio, un número de ejemplares que no baje de cinco: uno para la Biblioteca, y los otros cuatro se repartirán: uno a cada Sección Centroamericana, escogiendo entre los ministerios, las universidades y los principales centros científicos y educativos».

Pedimos a usted se sirva dar cabida en su Revista, a esta circular de gran importancia, para la unificación y formal conocimiento de la intelectualidad centroamericana.

Suplicamos a la prensa centroamericana la reproducción de esta circular.

ASOCIACIÓN DE ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

FRANCISCO IBARRA MAYORGA, Encargado del Intercambio — ALFREDO SÁNCHEZ M., Secretario

---

San José, 20 de abril de 1925.

Señor Director del REPERTORIO AMERICANO.
Muy señor mío:

Del señor Director de la «Biblioteca Popular y Sala de Lectura» de la Antigua Guatemala, he recibido en estos días una carta en que me ruega ponerle en comunicación con toda clase de elementos preocupados en asuntos docentes y con todas aquellas personas que en alguna forma sientan vivir en su espíritu, los entusiasmos sinceros de todo propósito que desee contribuir al adelanto de su pueblo. Me dice:

«Sin tener noticias suyas, escribo la presente para ponerle en conocimiento que anexa a esta Biblioteca que dirijo, he fundado una sección especial denominada: «DEL MAGISTERIO», y en donde quiero reunir el mayor número de obras pedagógicas y textos diversos, que sirvan de orientación a nuestro magisterio, con ventaja positiva para el adelanto de nuestras masas. Cuento, para el logro de mis ideales, con la ayuda de las personas, que como usted, saben sentir los vuelos del idealismo y saben ayudar a una obra práctica que encarna aquéllos.

»Es en ese sentido que me dirijo a usted suplicándole su donativo a este respecto, y rogándole decirme de las personas que pueden ayudarme materialmente obsequiando obras; así como también de los autores de libros pedagógicos para pedirlos y ver si es posible la cristalización de mis deseos en algo útil.

»Un favor más: varias veces he solicitado la suscrición de los diarios y revistas de esa ciudad y sólo me llega REPERTORIO AMERICANO (excelente por cierto). ¿No sería posible que usted interviniera ante las publicaciones de allá para que nos obsequiaran la suscrición y estar así más en contacto con ustedes? Creo que usted lo hará, porque veo en sus líneas a un verdadero centroamericano, orgulloso de ser costarricense».

En las palabras del señor Director de aquella Biblioteca se encuentra vivo el resentimiento, claramente expresado por casi toda la prensa de las otras repúblicas de Centro América, que somos indiferentes a sus problemas sociales; que rehuimos el cultivo directo de la fraternidad real no interesándonos en sus pequeñas o grandes labores de progreso en que están empeñados. Me dicen de Honduras y de Nicaragua que son los diarios y pocas las revistas de Costa Rica que corresponden siquiera al envío de sus canjes.

Por mi parte he remitido ya al Director de la Biblioteca una lista completa de los diarios; otra de las revistas; otra de los maestros que puedan colaborar en aquellos empeños; otra de instituciones nacionales y centros particulares y por último una lista de intelectuales, así como de personas amigas a quienes se pueda en alguna forma solicitar su colaboración.

Nunca será bastante el más grande empeño que se tome por crear en una forma extra-oficial todo acercamiento con nuestras hermanas del Norte.

La mayoría de los estudiantes centroamericanos que están esparcidos en Europa y Estados Unidos trabajan conmigo en este propósito. Hay que preparar el terreno para cuando estén de nuevo en sus respectivas patrias, y abrigo la esperanza que si las negociaciones que tenemos establecidas con un prestigiado colegio de sistema cooperativo de los Estados Unidos me resultan aprovechables para toda Centro América, y puedo reunir en una sola institución los mejores elementos jóvenes que vengan luego a renovar con más fe las instituciones; ampliar la visión ideológica de estas naciones en el campo del arte, de la ciencia, de la política,—hasta entonces podrá ir siendo posible la realización en no lejano día de la unidad de todas las naciones de América guiadas por el camino de su comprensión y mutua estima.

Estas consideraciones son, señor Director, para rogar a usted el envío a aquella Biblioteca de todo lo que su claro criterio le indique y crea que puede servirle. También para hacer un llamado a todas las personas que gusten colaborar en estas empresas de quijotes.

Para evitar extravíos toda correspondencia o paquete, diríjase así: «Prof. Mardoqueo García A., Biblioteca Popular. Antigua Guatemala, Guatemala».

Del señor Director con el mayor respeto y simpatía, muy atento y seguro servidor,

M. A. ZUMBADO R.

Asociación de Estudiantes Universitarios de Costa Rica

Honorable Junta Directiva del Colegio de Abogados:

Cumpliendo el acuerdo unánime tomado por la «Asociación de Estudiantes Universitarios» en sesión de veinte de diciembre último, tenemos el gusto de rendir a esa Honorable Junta Directiva este suscinto INFORME general sobre la labor realizada en el año que acaba de fenecer.

La «Asociación de Estudiantes Universitarios» ha trabajado cerca de un año silenciosa y tesoneramente; desde el primer momento fué norma fundamental procurar acercarnos a corporaciones análogas de otros países, a fin de establecer vínculos de fraternidad internacional. Esta política la hemos adoptado, como es fácil de comprender, en consideración al arraigado pesimismo de nuestro especial ambiente, de la ordinaria animadversión o desconfianza a todo esfuerzo nuevo, y de los otros obstáculos que en tales condiciones pudieran habernos comprometido: sobre todo la indiferencia de la juventud misma, quizá no familiarizada con ciertas actividades culturales, y los prejuicios de los mayores, fundados en experiencias en las cuales lo peor es que sean en parte justificables... Los estudiantes que forman nuestro grupo estamos convencidos, decididos, y nos parece estar iluminados por vigorosos y nobles ideales desde el primer momento de nuestro convenio; laborando en silencio esperamos fundamentar bien las bases de nuestras realidades futuras.

—

La «Asociación de Estudiantes Universitarios» se fundó la noche del 21 de mayo de 1923; en la copia adjunta del Acta de esa noche podrá verse cómo tuvimos que decidirnos a iniciar la labor con solo seis elementos, en vista de que los estudiantes de Derecho, varias veces convocados al efecto, no comprecieron a nuestro llamado; esa noche, el joven Manuel M. Zúñiga leyó el discurso del cual adjuntamos copia. La redacción de los Estatutos se encargó al joven Rafael Estrada, y luego fueron revisados por una comisión; de modo que al discutirlos en detalle se hicieron las últimas modificaciones y fueron aprobados sin más pérdida de tiempo; de esos Estatutos también nos permitimos adjuntar una copia. Nos permitimos señalar el Art. 28 de esos Estatutos, que dice: «La Asociación de Estudiantes Universitarios declara, al redactar estos Estatutos, su aprecio por las Bases para la Sociedad Acción redactadas por el Licdo. don Juan Rafael Vargas, que se han tomado en cuenta. Y en testimonio de reconocimiento elige al Lic. Vargas Presidente Honorario de esta Asociación». Se encomendó al compañero M. M. Zúñiga P. la redacción del «Reglamento Interior», aprobado en sesión del 20 de diciembre último, del cnal acompañamos copia.

Es natural que, dado el plan antes expuesto, pocas sean las actividades que hubimos de desplegar en nuestro medio. En este sentido nos hemos conformado con redactar los Estatutos y el Reglamento Interno, a fin de atraer a los estudiantes universitarios y armonizar sistemáticamente sus relaciones en el conjunto; el tiempo dirá si nuestros esfuerzos merecen intervenir en los asuntos locales y permiten a los jóvenes de Costa Rica declararse abiertamente en casos concretos como contigente cultural.

Nuestras relaciones con el exterior no nos dejan que desear si se toma en cuenta que hemos laborado sobre nada, sin más apoyo que el de nosotros mismos, sin más consejo que el de nuestros sentimientos, sin más impulso que el de nuestros deseos, y hemos trabajado nada más que durante siete meses (de mayo a diciembre). Hemos procurado abrir nuestros ojos al extranjero, y dejarnos impresionar por los problemas de otros países y de otros hombres; no han sido indiferentes para nosotros el Fascismo ni el Directorio, ni las situaciones de Chile y de Perú, ni las políticas de México y los Estados Unidos del Norte, ni los aspectos agradables de Santo Domingo y de Nicaragua; deseáramos empaparnos en todo eso y formularnos conceptos precisos, y esperamos intervenir allí donde nuestra voz puede ser oída como protesta o como aplauso de extranjeros hermanos. El caso Unamuno, uno de los primeros que se presentaron, nos preocupó hondamedte; lanzamos nuestra protesta (véase REPERTORIO AMERICANO, N° 16 del Tomo 8), recogida por "El Independiente" de León, Nicaragua, y por la prensa interesada en reaccionar contra el atentado al Maestro. Nuestras miradas se han dirigido en primer término a las asociaciones de estudiantes, a las corporaciones culturales de los otros países y hemos obtenido resultados que nos dejan por ahora satisfechos; se han cruzado mensajes entre Costa Rica y Argentina, y Uruguay, y Nicaragua, y Honduras, y Guatemala, y El Salvador, y México, y Estados Unidos del Norte, y España; «Los Amigos de Cervantes», el grupo de «Antorcha», los jóvenes de «Juventud de Chile», «La Asociación de Médicos y Estudiantes de Medicina», de Argentina, La Sociedad «Larreinaga» de Nicaragua, en fin, las principales corporaciones y asociaciones de jóvenes de España y de Hispano-América han entablado relaciones fraternales con la «Asociación de Estudiantes» que hemos formado; y, sobre todo, se han adherido a nosotros en uno de los propósitos fundamentales que nos hubimos propuesto: la unificación internacional de estudiantes universitarios bajo el nombre de José Vasconcelos.

Es este último punto en el cual deseáramos detenernos aunque brevemente; no vemos en José Vasconcelos otra cosa que una personalidad suficientemente definida en su conformación intelectual, de bien desarrollada fuerza de voluntad para realizar hasta los más altos designios, y de una visión vastísima de los problemas de Hispano-América; esto nos basta para haberlo elegido Maestro de nosotros, en proclama publicada el 4 de agosto último (v. *Rep. Am.* N° 20 T. 8) y reproducida por algunos diarios de esta capital y de otros países. Queremos aclarar estas tres cualidades del Lic. Vasconcelos, que por sí solas, repetimos, bastan para que las juventudes de nuestros días fijen en él sus ojos; tenemos cerrados nuestros oídos a las suspicacias de enemigos anónimos, producidos por el lodo de la política; no les creemos; si un solo cargo pudieran lanzarle al Maestro le olvidaríamos, no lo podríamos tomar en cuenta: el Lic. Vasconcelos hizo por Hispano-América, siendo sólo un Ministro de Instrucción Pública, lo que ningún Monarca ha hecho por la cultura de sus súbditos: fundó millares de bibliotecas públicas en México, pagó bien a los encargados de la enseñanza, aumentó el número de los difundidores de la cultura, convirtió a México en un punto de cita de intelectuales, mandó a editar por millares de millares los grandes libros y los envió regalados a todos los confines de su Continente, regaló inalámbricos, fundó revistas de difusión de libros y las regaló por los cuatro confines; y todo esto lo hizo él, pese a la murmuración que pequeños rencores y envidias pretenden levantar a raíz de su caída política. Nosotros le hemos elegido Maestro; hemos oído a sus adversarios de hoy—enemigos mezquinos y servlles de ayer,—y le encontramos más brillante y más digno de nuestra elección. Hemos llamado a las juventudes de España y de Hispano-América a que lo elijan también su Maestro; y hoy las llamaremos con más fe y más entusiasmo.

El Lic. Vasconcelos contestó en *La Antorcha* (N° 4) nuestra proclama con su mensaje «Las Tres Claridades», reproducido en muchos periódicos extranjeros, en el REPERTORIO AMERICANO, en *La Tribuna*; nos envió asimismo un hermoso retrato, que deseamos colocar solemnemente en nuestro Salón de Actos una vez reanudado el curso lectivo. Es nuestro deseo que para entonces, como ahora las adhesiones de los jóvenes de España, de Argentina, de Nicaragua, etc., tengamos las de todos los demás países.

El número de revistas, de correspondencia amiga, de libros, de catálogos recibidos no nos permite enumerarlos en este informe; deseamos sí tener la oportunidad de ofrecer a los Estudiantes universitarios, por medio de listas detalladas, todo lo que hemos recibido, y de lo cual podrán disfrutar ciñéndose al Reglamento Interior. Solamente deseamos referirnos por haberse reproducido en periódicos de la localidad, a los Mensajes de «Los Amigos de Cervantes», de la Sociedad «Larreinaga» y del Dr. Palacios, Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de la Plata, Y también por haberse deseado para su oportunidad, los pareceres de los demás Presidentes de Centro América y sus Secretarios de Relaciones, quienes nos enviaron los folletos en los cuales emitieron sus pareceres sobre los Pactos de Washington.

Como se ve, todas nuestras actividades se han dirigido al extranjero; a pesar de nuestro convencimiento de la indolencia que aqueja a nuestro medio en lo que atañe a estas y otras labores, en junio último, a propósito de las discusiones al Código Penal vigente, intentamos una conferencia sobre el asunto; era algo de veras importante para la difusión de las nuevas medidas y hasta para la mejor comprensión del Congreso; el Lic. Astúa Aguilar, a quien desde luego nos dirigi.

mos, se excusó (Véanse *La Tribuna* y el *Diario de Costa Rica* del 14 de agosto) y tras él, a quien es natural se cedía el primer lugar, otras personas competentes que nos ofrecieron segundas o terceras conferencias.

Y este es un punto que deseamos aludir en este breve informe; la Asociación de Estudiantes Universitarios desea, y espera encontrar apoyo en esa Honorable Directiva, iniciar una serie de conferencias en la Sala de la Escuela de Derecho. Es algo realmente anómalo y hasta anacrónico que en estos tiempos, y en este medio que se tilda de intelectual, no haya conferencias periódicas que difundan las nuevas ideas y cimenten la opinión pública sobre bases firmes y dignas de crédito. Muchas personalidades del país nos han aplaudido en privado el deseo y nos han ofrecido su contingente, y creemos que no sería muy utópico pensar en realizarlo.

Algo que preocupa también a la «Asociasión de Estudiantes Universitarios» es la construcción del edificio de la Universidad; otra anomalía y también otro anacronismo es este de que Costa Rica, con Escuela de Derecho, con Facultad de Ingeniería, con Escuela de Farmacia, instituciones de positiva influencia y de innegables medios, no tenga un edificio decoroso para la Universidad sino que esté reducida a improvisaciones de escuelas en casas de habitación alquiladas por el Estado. Sería este un motivo para una exposición especial; pero deseamos referirnos a ello en este informe en vista de que algunos miembros de esa Honorable Directiva tienen vivo interés y especial conocimiento en el asunto.

Veremos en qué medida podremos contribuir en todos estos asuntos internos; hay de nuestra parte avidez por trabajar en problemas locales de la magnitud de éstos; esperamos encontrar apoyo en los mayores, pero el que no lo encontremos significaría apenas mayor incertidumbre o más lentitud en nuestras realizaciones, y no desaliento definitivo para nosotros. La verdad es que muy poca comprensión hemos encontrado en el ambiente; lo grave es que esa incomprensión tenga sus motivos, que aceptamos sólo en parte; y sobre el particular deberemos volver nuestros ojos siempre al Lic. don Juan Rafael Vargas, nuestro Presidente Honorario, entusiasta y creyente como un joven, en los deseos de progreso y de mejoramiento; al señor Joaquín García Monge, quien nos abrió de par en par las puertas de su Repertorio Americano, considerado con razón como un órgano de divulgación cultural de prestigio; y recordaremos así mismo a don Otilio Ulate, Director de *La Tribuna*, en quien nunca encontramos la promesa ficticia o la total indiferencia que a menudo se encuentra en las redacciones de periódicos; y a don Marco A. Zumbado, joven que preside el Centro Intelectual, quien salió en nuestra defensa cuando algún periodista quiso iniciar la conocida política de la gacetilla anónima. Es de observar que el señor García Monge ha sido nuestro sostén principal y nuestra mayor fuerza, pues su periódico era el único que podía presentarnos dignamente al extranjero. Y como se ve también, no hemos carecido del todo de amigos; sólo que para muchas cosas necesitamos otros y muchos amigos, necesitamos que algunas y otras personalidades del país nos vean, si no con la decisión de un García Monge, al menos no con indiferencia.

Y para terminar, deseamos respetuosamente que esa Honorable Directiva reconozca, si lo tiene a bien, la «Asociación de Est. Univ. de Costa Rica»; y esperamos que se nos haga, ya en cuanto a nuestras tendencias, o a nuestros Estatudos o a nuestro Reglamento, las indicaciones que parecieren necesarias.

M. M. Zúñiga,
El Presidente.

Alfredo Sánchez,
El Secretario.

San José, 18 de febrero de 1925.

San José, 4 de abril de 1925.

Señor Secretario de la Asociación
de Estudiantes Universitarios e
Intelectuales de Costa Rica.

Señor:

Me es grato comunicar a esa Asociación, por el digno medio de usted, que oportunamente fué puesto en conocimiento de la Junta Directiva del Colegio de Abogados el importante y cuidadoso informe que esa Asociación se ha servido presentarme, referente a la labor realizada en el año que acaba de fenecer.

Quiso la Directiva oir el parecer del Director de la Escuela de Derecho. y acordó al efecto enviarle los atestndos para que vertiese dictamen. El señor Director se expresa en términos muy encomiásticos con respecto a esa labor; y la Directiva, en su sesión del 26 de marzo último, acordó poner el dictamen de aquel elevado funcionario, después de haberlo aprobado, en conocimiento de esa Asociación y conceder a ésta, bajo la vigilaucia del señor Director, el salón de sesiones de actos públicos, para las conferencias que se proponen dictar algunos de sus miembros.

El dictamen dice así: «A la Junta Directiva del Colegio de Abogados. Con vivo placer vierto el informe que se me hace el honor de pedirme en la providencia anterior. Tres son los puntos a que debe referirse, y, por necesidad lógica, los trataré en el orden inverso a su anunciación en el Informe General que precede.

I.—En extremo plausible es, a mi ver, la fundación de este centro: «Asociación de Estudiantes Universitarios e Intelectuales de Costa Rica», encaminada al cultuvo esmerado de los más nobles atributos morales de sus miembros. No sólo reconocer como persona moral esa institución, sino también declararla grata a la Junta de nuestro Colegio, es, en mi sentir, lo que en el caso procede.

II.—Legalmente no hay Universidad en Costa Rica, aunque sí, dispersas, como hijos mal avenidos de una misma madre, actúan en el país varias Facultades. Antes que en el edificio en que puedan convivir esos elementos, urge, pues, pensarse en la ley que restablezca la Universidad, si se cree obra patriótica resucitarla; y a ese fin puede eficazmente coadyuvar la Asociación de Estudiantes Universitarios, con su valiosa propaganda.

III.—No veo el menor inconveniente en que se franquée el salón de actos Públicos de la Escuela de Derecho a la Asociación de Estudiantes Universitarios. para las conferencias que se propone iniciar, sujetándose, naturalmente, a la disciplina de la Escuela, y con la vigilancia debida. Si a mí se me encargase de ésta, con mucho gusto la aceptaría.

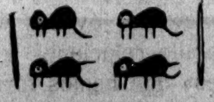
De la Junta, atentamente:

El Director de la Escuela de Derecho.
Luis Castro Ureña,

Soy del señor Secretario muy atento servidor,

(f) Arturo Sáenz,
Secretario del Colegio de Abogados.

San José, 25 de marzo de 1925.



Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica